

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elias Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, deha.

Suscripción.

Un año.....	8.00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,15

Pago adelantado.

EL LIBERALISMO ES RETROGRADO

No lo digo yo, lo ha dicho Sales y Ferré, profesor de Sociología en la Universidad de Madrid, en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales; lo ha dicho Ramiro de Maeztu en las columnas de *La Correspondencia de España*.

Con testimonios de los mismos liberales, con su misma doctrina, con la observación del efecto producido en la sociedad por la aplicación de las fórmulas de esas enseñanzas presentadas al mundo como redentoras, se demuestra con luz meridiana la falsedad del liberalismo, su inutilidad para hacer caminar a la sociedad un solo paso por el camino del progreso, su impotencia para evitar que caiga en el abismo de la barbarie, del anarquismo y destrucción.

Prende el liberalismo suprimir toda cupción moral; el hombre no debe temer más que a la coacción legal. Le es permitido todo, con tal de que sepa librarse del Código penal. En sus relaciones con los demás hombres, la utilidad es su guía, el único móvil. Kant puede estar satisfecho; su yo metafísico es la traducción en la política por el primero yo, después yo, y siempre yo; se ha convertido en la vida social en el egoísmo más absorbente y fealdad imaginable.

El rico necesita para gozar poderosas rentas, que adquiere estragando al pobre; éste clama contra el rico, que le enseña la ley humana como la única fuente de progreso, y contesta enseñándole sus poderosos puños amenazadores, mientras se une buscando en el número una fuerza, que ponga en sus manos para vengarse del rico, esa misma ley humana, reconocida como única fuente de moralidad.

El dejar hacer, dejar pasar, no ha producido en el orden social sino la lucha encarnizada entre ricos y pobres. La criminalidad aumenta, la inmoralidad se extiende. Preciso será desterrar una doctrina que, al romper el vínculo que une al hombre con Dios, al prescindir de la religión que espiritualiza al hombre, hace que la humanidad caiga en el grosero materialismo en que el hombre es un enemigo para el hombre.

Sales y Ferré, en su discurso de la Academia, establece que la *liberal* es la principal fuente de progreso. Si es la moral, no es la coacción física, como enseña la escuela liberal. El nuevo académico ha venido a coincidir con la doctrina católica en ese punto, y aunque está en un error al buscar los fundamentos de la moral y, por lo tanto, del progreso, fuera de la armonía entre la voluntad divina y la voluntad humana, fuera de la conformidad con la regla, no es menos cierto que establece la condenación del liberalismo al echar por tierra el principio en que éste se apoya.

Ramiro de Maeztu, lamentándose de que con tantos intelectuales progresos tan poco, escribe: «Son los hombres superiores los que hacen los ambientes morales, son los grandes escépticos los que crean el escepticismo de los pueblos.... Pensad en los hombres que con su talento dirigen la mentalidad madrileña; Ovaris, Calderón, Costa, Unamuno, etc.... Ya les ois, ya les ois a todos; son pesimistas, y todos se caracterizan por hallarse sentados en círculos de ideas de, los que no hallan salida».

Maeztu, lleva razón; los intelectuales liberales no encuentran solución a los problemas sociales, porque son liberales, y el liberalismo no las tiene. Para que haya armonía en los derechos hay que desterrar el egoísmo, esencia de la doctrina liberal.

Como remedio a los males sociales, presenta Sales y Ferré la doctrina católica, cuando dice: «Con esto queda indicada la norma de conducta que nos impone a los que nos ha sido otorgado el don de ejercer funciones sociales directivas; conviene, a saber: trabajar en apropiarnos los modelos éticos más perfectos que la sociedad nos ofrece....» Esto es precisamente lo que viene ense-

ñando veinte siglos seguidos la Iglesia Católica. *Señ perfectos como lo es nuestro Padre Celestial que está en los cielos.* Sr. Maeztu, Sr. Sales y Ferré, señores intelectuales, todos, ved si el católico práctico es el modelo ético más perfecto, estudiad esas Ordenes Religiosas, esas instituciones todas del catolicismo, estudiadlas sin pasión, y escucharéis una voz interior, la del propio convencimiento, que os dirá: *Si quisierais ser perfecto, deja todo lo que tienes, el liberalismo, la falsa ciencia, y sígueme, es decir, sé católico, porque la doctrina de Cristo es la única social.*

Felipe Ibáñez.

UN LOCO

¡Oh! ¡Qué noche más horrible, cielo santo! Retumbaba allí en los aires ronco el trueno, Y rasgaban los relámpagos las nubes Y bramaba el huracán. En pobre lecho, Una misera mujer agonizaba, Y a su lado, con acento lastimero, Suspiraba un pobre niño: ¡Madre, madre! ¡No te duermas... no te duermas... tengo miedo! Y la pobre moribunda, cuando oía Dé aquel hijo idolatrado los lamentos, Llena el alma de pesares, contestaba: ¡No me duermo, prenda mía, no me duermo! Y pasó la tempestad. El pobre niño, Sin saber el infeliz que ya era huérfano, Otra vez llamó a su madre, pero en vano... Y cansado de llorar, se durmió luego... Y abrazándose al cadáver, yerto y frío, A su madre prosiguió llamando en sueños...

«Pobre niño! Yo le ví desconsolado, De su madre al contemplar el triste entierro, Medio loco de dolor y de amargura, Con las manos cruzadas sobre el pecho, Sin poder sostener, cayó de hinojos, Exclamando con ahogado y triste acento: «¡Madre, madre!... ¿Que te llevan! ¡No me dejes!... No te vayas, madre mía, que me muero!...» Y después, acogido por la pena, Entre rudas convulsiones, cayó al suelo...

Ya tres años han pasado. Muchas veces He escuchado de la noche en el silencio Los gemidos de un loquuto de diez años, Los suspiros de amargura y los lamentos... Y otras veces le he encontrado en mi camino, Y al mirarme, cual pidiéndome consuelo, «¡Me robaron a mi madre! suspiraba: Dime, dime... ¿sabes tú dónde la han puesto?...»

Bispanio Perreiro.

EL FUEGO INTERIOR DE LA TIERRA

II (Conclusión.)

Todo en la Naturaleza está sometido a leyes invariables de equilibrio y conservación; en ella nada se sustruye; siempre se conserva la misma cantidad de materia que en el primer día de la creación. Si un cuerpo se descompone, sus elementos se combinan inmediatamente con otros para engendrar nuevos cuerpos; si por cualquier causa se verifica un desequilibrio, inmediatamente se restablece el equilibrio por otra causa; si una fuerza acelerará el movimiento, otra lo retardará en seguida; nada existe en desorden; por cualquiera resplandecé la unidad en el plan, la armonía está el conjunto y en los detalles; la unidad en los principios, la variedad en los fines, la unidad en las leyes, la diversidad en sus fenómenos, correlación de causas a efectos y de efectos a causas, todo en hermosa concatenación, elevando un melodioso himno de gloria hacia el Creador de tan deliciosas maravillas.

«El fuego central! ¡Quién no tiembla ante sus asombrosas manifestaciones! Pero acaso no es un peligro constante, y no sería mejor que no existiese, para alejar a qué? Nada de eso; si la tierra se perdiese, pronto se queda-

ría inerte y convertida en un verdadero cuerpo muerto, como le ocurre a la Luna; porque dejaría de irradiar los vapores necesarios para constituir su atmósfera; sin ella, desaparecerían todas las energías meteorológicas, y por ende, la vida animal y vegetal.

La presión de las aguas sobre el fuego interior, hemos visto que las transforma en gases; éstos, comprimidos al dilatarse para restablecer el equilibrio, arrastran consigo y funden las rocas que se le resisten, y en forma de lava buscan su salida a la atmósfera por los volcanes. En contacto con ella, los minerales se depositan por corrientes en el suelo y en el mar, para formar, al enfriarse, nuevas rocas basálticas, y las evaporaciones se incorporan a la atmósfera, para restablecer en ella el equilibrio dinámico y gaseoso.

Con el objeto de formarnos una idea de las potentísimas fuerzas desarrolladas por la erupción de los volcanes, fijémonos en tres escogidos al acaso: sean éstos el Etna, el Teide y el Antisana. El cráter del primero está a 8.300 metros sobre el nivel del mar; el del segundo a 3.710, y el del tercero a 5.583; así pues, es fácil calcular, en presiones atmosféricas, el peso de la columna de lava que la fuerza interior ha debido sostener para llegar a tales altitudes. Si dicha columna hubiese sido de agua, como este líquido se sostiene a 10^m,5 por la presión atmosférica, se necesitarán más de 300 atmósferas para sostenerla en la cumbre del Etna, más de 350 en la del Teide y más de 550 en la del Antisana. Pero el peso específico de las lavas, en estado sólido, es de 2 a 3; luego para sostenerlas, el Etna necesita de 600 a 900 atmósferas, y el Antisana de 1.000 a 1.500.

Compárese el efecto de la tal fuerza plutónica, con la energía de las máquinas de vapor, que la más poderosa no puede llegar a mayor presión que a la de 10 atmósferas.

Empero, ¿no es el Sol el que caldea a la Tierra? ¿No bastan las calorías que de él absorbe, para conservar su energía? En efecto, el calor solar es indispensable para el sostenimiento de la vida de los seres orgánicos y para producir las fuerzas de todos los agentes físicos, en ese inmenso laboratorio de la atmósfera; mas sin embargo, el Sol va perdiendo insensiblemente su calor, según Pouillet, el cual ha calculado, que la disminución viene a ser de un grado en cada siglo, y comprobado está por la Geología que en los primeros periodos de formación del Mundo, la temperatura debió ser mucho más elevada que la actual, tanto, que en los cincuenta y nueve siglos que se suponen de existencia al hombre, debió haber perdido 59° de calor, que hubiera sido muy sensible a través de la Historia; y sin embargo, tal cosa no ha ocurrido, y ¿cómo así? Pues por el calor propio de la Tierra, que en sus irradiaciones volcánicas restablecen el equilibrio atmosférico: hecho manifiesto, por la correlación que se observa, entre la presencia de manchas en el disco solar y la actividad de los volcanes, indicando una concordancia, en razón inversa, entre una y otra energía.

Cabe ahora preguntarse: ¿y quién mantiene el equilibrio en el fuego central, para compensar las pérdidas que constantemente sufre por las erupciones? Pues, el movimiento de rotación de la misma Tierra, que es otro manantial de calorico enorme. En efecto: la Tierra, al girar sobre su eje, lo hace con una velocidad igual a la de un móvil que recorriera todo el ecuador, ó sean 40.075.600 metros en veinticuatro horas, ó lo que es igual, 166.983 metros por hora, ó 2.783 metros por minuto. Pero éste es el movimiento que anima a la periferia, que según las leyes de la Mecánica, se acelera a medida que se acerca al centro, en donde adquiere un máximo de velocidad que, al transformarse en calor, aumenta la actividad del fuego, equilibrando su energía, al perderla por las erupciones, u ocasionando también éstas, por el aumento de aquella, para conservar constantemente la misma actividad en la materia ígnea y la misma potencia dinámica.

La desaparición del fuego central en nues-

tro Satélite, debió tal vez ser motivado por la carencia de esa admirable compensación de fuerzas; puesto que su movimiento de rotación es igual al de traslación, es decir, en veintisiete días y medio de los nuestros, con un volumen cuarenta y nueve veces menor que el de la Tierra; debiendo llegar a momento, en el que no pudo tener compensaciones a las pérdidas sufridas por el inmenso número de erupciones, que se deducen al contemplar esa admirable crateriforme que ostenta constantemente a nuestra vista; debiendo tener igual el otro que no nos presenta nunca; convirtiéndose, por consiguiente, en un cuerpo frío, sin atmósfera y sin agua, en el que es imposible la vida orgánica.

Véase, pues, cuán agradecidos debemos estar al Supremo Hacedor, por haber concedido esos admirables privilegios a nuestro Orbe, librándolo de la ruina y de la muerte que sufre la Luna, y fabricándonos esta espléndida morada, objeto de nuestros encantos; cuando a la luz de la verdadera ciencia contemplamos todos los fenómenos físicos, sometidos a leyes supintuitivas y simplísimas, sorprendiendo los secretos que encierra en sus arcanos y abismándonos en grandiosos misterios, que humillan nuestra soberbia y anonadan a la falsa ciencia, destruyendo sus sutiles sofismas.

Si, dice el insigne abate Moigno, en su magistral obra *Los esplendores de la Fe*: «existen dos clases de ignorancia: la una, es la carencia de sabiduría, y la otra, la posesión de una falsa sabiduría.»

Ha dicho, a pesar de ésta, Montesquieu, filósofo enciclopedista: «Dios tiene relación con el Universo, como Creador y como Conservador; las leyes con que le ha creado son las mismas con que le conserva; obra según estas leyes, porque las conoce; las conoce porque las hizo, y las hizo porque corresponden a su sabiduría y a su poder.»

Cuanto más contemplemos a la Naturaleza, tanto más admiraremos al Autor de ella, infinitamente sabio, prudente, justo, proveedor, conservador y previsor. ¿Cómo permanecer indiferentes ante las pruebas de su amorosa providencia, cuando descubrimos un beneficio en aquello mismo que en un principio nos parecía desolador, horrible y pavoroso? *Benedicite ignis et aestus Domino: laudate et superexaltate eum in secula.* ¡Fuego y calor, bendicid al Señor; loade y ensalzad por los siglos! (1)

Manuel Castaños y Montijano.

UNA FÁBULA ASCÉTICA (2)

Gracias a Dios, también yo, como cualquier periodista de los de tres al cuarto, tengo todos los años mi cacho de vacaciones, durante las cuales ¡qué diantre! también echo mi cuarto a espadas en esto que llaman comunicar impresiones, relatar viajes y celebrar interviews.

Una celebré el pasado Agosto, ¿con quién dirán Uds.? ¿con el Ministro de Estado? ¿con el Director de la Deuda? ¿con algún turbulento ó travieso jefe de oposición? ¿con el mozo? ¿con el francés?... No pico tan alto, señores míos.

Mi conferencia no tuvo lugar en ninguna playa ni en ninguna estación balnearia; no en Spá; no en Trouville; no en Montecarlo; no en Biarritz, ni en hoteles, ni en fondas, ni siquiera en humilde casa de huéspedes. Al aire libre se celebró, y en presencia del sol poniente; en tierra castellana fue, y en medio de torbaneras de tamo, unos cuantos haces de mieses y tal cual montón de guisantes y centeno limpios de polvo y paja. Era mi dialogante el tío Jorge, pobre labrador de secano, de éstos que llaman al pan pan y al vino vino; de éstos que no se pagan de arrumacos y lagoterías (como otros conferenciantes que yo me sé), con mucha práctica en el

(1) Profecía de Daniel. Cap. III, 66.

(2) Esta composición ha sido premiada en los recientes «Juegos florales» de Sevilla, celebrados en el Ateneo de dicha ciudad el día 9 de los corrientes.